

Visión en Cartagena

Quizá fuera la precisa resonancia de la tarde,
el sol entre las hojas o el agua de oídas
lo que atrajo al Ángel.
Halló favorable la penumbra
para aventurarse a cruzar el umbral.
Allí lo estaban esperando las cosas
impacientes de silencio. Eso lo sabía.
Apretó las frutas. En los enormes cubiertos
descubrió el trabajo de la sal. Se entretuvo
imaginando la mano semejante
que busca las tijeras al fondo de los cajones.
Fue entonces cuando sintió por los utensilios
un resto de nostalgia humana, recordó la tenue felicidad
de las posesiones y la confianza que da su uso.
A decir verdad
admiró más a la necesidad que a la memoria.
El Ángel
abrió las alas en el umbral y al fondo
un golpe de luz en el mimbre de la mecedora
retuvo por un instante el rostro
que pudo haber tenido, ese que le negaran los espejos.
Pero ya era demasiado tarde.

RAMÓN COTE BARAIBAR